Todos los miércoles hay mercado especial en Telemán, vienen comerciantes de todas partes de la comarca a vender todo lo inimaginable. Quería comprar cuatro machetes de un tipo muy bonito, más fino que los usuales, con una funda repujada, remaches y adornos, con su cinturón del mismo tipo.

Las hermanas me recomendaron que fuera con Juan, él entiende mucho y sabe oír el temple haciendo un clic con la uña. No quise decir que eso forma parte precisamente de mi oficio, pues el trabajar los metales ha sido con lo que he crecido. No obstante, observé con curiosidad cómo lo hacía y verdaderamente su técnica es efectiva.

Me dijo María Dolores que el machete forma parte del atuendo del campesino cuando se va al trabajo, eso ya lo pude observar antes, y en casa es de una utilidad general. Sirve para todo, desde usarlo como hacha para cortar leña, despedazar un pollo, cocos, melones y otras frutas, hasta para cortar el cordón umbilical en un parto. Por eso no hay familia que no tenga por lo menos uno en casa, bien afilado y limpio, para uso general.

El precio es bajo, oscila alrededor de los sesenta quetzales, unos nueve euros, más otros seis por una bonita funda que no todos tienen. La estampa típica del campesino podríamos definirla dibujando un sombrero blanco de ala ancha, unos pantalones del mismo color y un machete. Los zapatos son todo terreno hasta el tobillo, quizá por protegerse de las alimañas, y la inevitable camiseta con publicidad de algo, lo que quiere decir que casi siempre es regalada. Los jóvenes tienen para los domingos y festivos unas hermosas camisas de gala, con adornos de caballos, aves o cenefas decorativas, solamente en la parte de los hombros, que recuerdan las que llevan los cowboys de Texas.

No encontramos al hombre que vendía machetes de calidad, según Juan, este día no vino. Mala suerte, tendría que comprarlos en Chichicastenango, allí hay un mercado excepcional con todos los productos guatemaltecos, de vestir, de decoración, de comida o de lo que sea. Quizás, después de los monumentos mayas de la antigüedad, lo más interesante de todo Guatemala sea el famoso mercado de Chichicastenango.

Entablé una interesante conversación con él en un momento en que descansábamos a la sombra de un árbol sentados en una gran piedra, el calor apretaba y aquel día el bochorno era acusado.

- ¿Naciste aquí?

- Si, pero he vivido un tiempo en Panzós, antes de la masacre de los años ochenta.

Nombrar la Masacre de los Ochenta era como nombrar un hecho inhumano perteneciente ya a la historia.

- ¿Te afectó la masacre de alguna manera?

- Si. Mataron a varios amigos míos, uno de ellos de manera muy cruel.

No dije nada por respeto a un silencio que él mismo rompió con el rostro ensombrecido. Estaba afectado a pesar de que había transcurrido tiempo. No le hice más preguntas para no herirle, pero él siguió hablando.

- Un día vino a mi casa la esposa de un amigo mío, no podía hablar, estaba muy nerviosa y tenía los ojos muy abiertos. Me arrastró hasta su cabaña y lo que vi fue terrible. Hacía unas horas que los soldados se fueron. Al entrar estuve a punto de caerme al suelo. Allí estaba mi buen amigo Andrés colgado del cuello. Le habían cortado los pies y las manos y estaban allí mismo debajo de él en el suelo, en medio de un gran charco de sangre, seguramente toda su sangre.

¿Sería el mismo que me contó María Dolores? Podría ser, aunque ese asesinato podría haber estado repetido miles de veces.

- Eso es terrible…

- El no hizo nada para morir así, no colaboró nunca con la guerrilla. Era bueno, nunca hizo mal a nadie. Esa era una forma de ensañarse con los que ellos creían que eran de la guerrilla. A otros se los llevaban y no se les volvió a ver más. Los oficiales ladinos que iban con los soldados no comprobaban nada, solamente le miraban a uno y si no les gustaba su cara lo mataban. Muchos pensamos que lo único que querían era sembrar el miedo matando para que nadie tuviera contacto con la guerrilla, y no les importaba matar a quien fuera.

Después de eso no me quedaron ganas de hablar más de este tema con Juan. Corté por lo sano contándole cosas de España, costumbres y deportes. Entonces me dijo que le gustaba jugar al fútbol.

\*\*\*

Al regreso, me estaba esperando la hermana Emilia para que la acompañara a Panzós, debía hacer unas llamadas telefónicas, entre ellas, una al mecánico de Guatemala que reparaba el coche del convento. Dijo que tenía rota la “catarina”, no supe qué era eso, y para averiguarlo tuve que hacerle una serie de preguntas, a fin de saber en qué parte del coche estaba la catarina. Resultó que estaba en la transmisión, le dije que eso tiene fácil reparación, posiblemente estaría ya a punto.

Mientras Emilia esperaba para hablar por teléfono, yo esperaba en la calle paseando arriba y abajo, observando cómo me observaban a mí los pocos que estaban por allí sin hacer nada. Pasó un vendedor de helados con un carrito con ruedas de bicicleta, en cuya caja hecha de tablas anunciaba: “Delisiozos elados de frutas”.

Duro golpe para la Real Academia de la Lengua Castellana.

Llegó una camioneta cargada de pasajeros hasta los topes. Entre los que se apearon, salió un hombre con un niño y una cabra. El ayudante, desde el techo bajó unos bultos y el autobús siguió su camino. Antes de arrancar, por la puerta por donde salieron los tres pasajeros, alguien tiró afuera unos excrementos de la cabra y luego, en el canto de los peldaños, sacudió una escoba que debían llevar preparada para esos casos.

Justo al lado de la oficina del teléfono, había una vivienda en la que una niña, de unos siete u ocho años, con un rostro extraordinariamente bello y una mirada limpia, rota por esa lánguida pátina de melancolía, tan común en niños y mayores, estaba por allí saliendo y entrando con lentitud, sin nada en las manos. No sabía qué hacer, le faltaba algo con qué jugar. Si hubiese habido una tienda, me habría gustado regalarle algo.

Le hice unas fotografías de las que ya en casa, seleccioné una para presentar a un concurso fotográfico en Barcelona, junto con otras de este viaje.

Emilia no salía. Entré yo a su encuentro. Me dijo que había mucha demora en la comunicación telefónica. Con ella estaba un hombre de Telemán. Cuando terminaron de hablar salimos a la calle, hacía menos calor.

- Emilia, ¿Qué sabes de lo que ocurrió en la década de los ochenta?

De alguna forma tenía que empezar a hablar y no se me ocurrió otra mejor que ir directo al grano. Las religiosas no son muy aficionadas a rememorar cosas desagradables y menos cuando se trataba de muertes y asesinatos.

- Psé, ¿qué quieres que te diga? Fue algo tenebroso para los mayas. Ya debes saber que murieron muchos, se supo en todo el mundo.

- ¿Estuvisteis algún momento en peligro?

- Claro que estuvimos en peligro. Todo el mundo estaba en peligro. Entraban en cualquier pueblo y empezaban a matar. Por suerte, a nosotras nos respetaron por ser religiosas. Mejor dicho, nos respetaron porque no éramos una amenaza para ellos. Ayudábamos tanto como podíamos, logramos salvar algunas vidas. Sobre todo María Dolores, era la más valerosa, no tenía miedo. No le importaba asistir a un herido ante la posibilidad de que volvieran los soldados que aún rondaban cerca.

- Podrías escribir un libro sobre todo lo que habéis visto y hecho durante esos años, con detalles que seguramente no se saben, pues lo que se conoce es lo que han escrito los periodistas y no creo que hubiera ninguno por estos pueblos. Esto está muy solitario.

- Si, podría, quizás un día... Por otro lado no me gusta recordarlo, fue demasiado duro. Después de aquello aún ha habido algunos que se han atrevido a hacer manifestaciones en las calles contra el presidente, pero viene el ejército enseguida y lo resuelve con las armas. Es así como han querido acabar con la guerrilla y las manifestaciones.

- ¿El presidente Mont?

- Claro, ¿quién si no? Es él el causante de todo. Ahora sólo pintan carteles en las paredes por las noches, pero aún así, se exponen a que los vean y los maten.

- ¿Y consiguen algo con eso?

- Nada. No consiguen nada. También un grupo de campesinos, haciendo uso del artículo 104 que autoriza a manifestarse, intentó presentar una protesta porque lo que ganan no les alcanza para vivir, pero vino un camión con gente armada del finquero, les dispararon y les quitaron los machetes. Dijeron que los campesinos estaban armados y ellos no querían luchar, sólo tenían los machetes para trabajar. Ya no hay guerrilla, depusieron las armas hace meses. Es posible que tengan algunas escondidas, pero no hacen nada.

Dijo gente armada del finquero…

- Antes de venir estuve con Juan y me contó que mataron a un amigo suyo de una forma de lo más cruel. ¡Qué animales!

- Si, ya sé.

Por fin llegó la comunicación telefónica y pudo hablar con los Dominicos de Cobán y con el mecánico del coche.

Le pregunté por el coche. Pero la pieza de recambio no había llegado aún, la estaba esperando desde hacía diez días y tampoco sabía cuándo llegaría. Seguramente la mandarían en una de esas camionetas de pasajeros, pues no vi nunca un servicio de recadero o transporte de paquetes.

Al terminar nos despedimos del hombre de Telemán que estuvo hablando anteriormente con la hermana Emilia. Me dijo que tenía una tienda con muchas cosas interesantes, quizá podría interesarme algo como recuerdo y me sorprendió agradablemente cuando me dijo que tenía machetes.

Ya en Telemán, fuimos a verle y le quedaban sólo tres, por ochenta quetzales cada uno, con funda incluida. Eran precisamente del tipo, longitud y características que me gustaban. Me quedé con los tres, y eran de buen acero bien templado, pues hice la prueba de Juan.